

sería ingenuo sugerir que rescindir el TLCAN no afectaría a la economía mexicana, no es cierto que México sea incapaz de competir sin él. Romper el TLCAN, a la larga, haría poco para frenar la trayectoria del atractivo mexicano a ojos de inversores extranjeros. El país ya puede presumir de ser la economía número once del mundo (según la paridad de poder adquisitivo), está entre las mejores demografías, y es un mercado abierto, global y diversificado. Sí, el acceso sin aranceles (*duty free*) a Estados Unidos es bueno, pero con las tarifas arancelarias de la OMC hacia Estados Unidos —si oscilan entre un 3 y 4%— la vida sin el TLCAN no tiene por qué ser un escenario apocalíptico. México es desde hace décadas un sitio muy favorable y seguro para hacer negocios (desde la perspectiva de los inversores), y lo más probable es que eso no cambie. El asunto es que un México más seguro de sí mismo no solo fortalece su propia mano frente a las

exigencias irracionales que vendrán sin duda del equipo negociador de Trump, sino que reduce la fuente crítica de influencia con la que está contando la administración de Donald Trump.

Una última táctica tiene que ver con la necesidad de mostrar mejor los vínculos de México con el resto de la economía global, con recordarle a Estados Unidos que no es el único jugador en la cancha. México puede hacer mucho más para promover y profundizar su intercambio comercial y sus relaciones de inversión con las naciones del Pacífico. Miles de millones de dólares de inversión extranjera directa de China, Corea, la India y muchos otros mercados emergentes de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (incluidos algunos de los socios del TPP, con quienes México ahora explora acuerdos bilaterales) siguen sin ser explotados. En el último año hemos visto un renovado interés chino y su participación en

sectores clave de la economía mexicana. Washington no parece ser del todo consciente de que en breve puede haber plataformas petroleras chinas a una distancia preocupante de la frontera estadounidense. De manera similar, si México busca acuerdos comerciales agresivos, especialmente en el sector agricultor, con Argentina, Brasil y otros países, podría poner los intereses agrícolas estadounidenses en un sitio muy incómodo. En pocas palabras, Estados Unidos necesita a México más de lo que la administración de Trump se da cuenta o reconoce, y hay otros cortejantes muy atractivos en espera. México no debe vacilar a la hora de mostrar esta dolorosa realidad a Washington. —

Traducción del inglés de Pablo Duarte.

MICHAEL C. CAMÚÑEZ es el presidente y director ejecutivo de ManattJones Global Strategies y fue subsecretario de Comercio de Estados Unidos.

LOS DERECHOS DE LAS MUJERES

AURORA
NACARINO-
BRABO



La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca se ha vivido como un potencial amenaza para la mujer. El discurso soez y cosificador respecto del género femenino que caracteriza al nuevo presidente de Estados Unidos no solamente tiene un impacto simbólico sobre la percepción de las

mujeres. Nada más tomar posesión de su cargo, Trump anunció la recuperación de la “global gag rule” —también llamada Política de la Ciudad de México—, que fue originalmente propugnada por Ronald Reagan en 1984. La norma impide la financiación de organizaciones no gubernamentales que proporcionen asesoramiento o ayudas económicas en relación con el aborto, y que promocionen

su despenalización o la ampliación de sus supuestos.

De este modo, la medida de Trump podría acarrear un retroceso en las políticas relacionadas con la salud sexual y reproductiva, no solo dentro sino también fuera de Estados Unidos. A esta decisión se une la creciente presión del Partido Republicano para asfixiar financieramente a Planned Parenthood, una organización que, desde hace un siglo, trabaja en la salud reproductiva, ofrece educación sexual y proporciona información a hombres, mujeres y jóvenes en todo el mundo.

Las consecuencias de este tipo de políticas se hacen sentir especialmente entre los colectivos más vulnerables: los estratos sociales económicamente más bajos, las clases menos educadas y los

Trump en la Casa Blanca es una potencial amenaza para las mujeres.

20

LETRAS LIBRES
MARZO 2017

inmigrantes, que deben hacer frente a un incremento de las enfermedades de transmisión sexual, de los abortos no seguros y de las muertes que a ellos van aparejadas.

Para un demócrata, resulta difícil hablar de cómo resistir a quien fue designado por la democracia. Porque, aunque no nos guste, debemos admitir que Donald Trump ha llegado a la Casa Blanca por medio de una votación limpia. No cabe, por tanto, una resistencia a Trump, pero sí una oposición responsable y férrea. Cabe un compromiso cívico en defensa de los derechos de las mujeres allá donde sea posible. Desde Estados Unidos, presionando a los representantes, en las calles y en las instituciones. Y también fuera, contribuyendo en

la difusión y la financiación de las organizaciones que promueven la salud sexual y reproductiva.

Hoy quiero las calles de América, y también las de Europa, llenas de hombres y mujeres feministas. Quiero que las columnas de opinión rebosen feminismo. Y también los libros, las canciones, las películas. Quiero una cultura feminista porque quiero una cultura comprometida con la salud y con la igualdad. Hace mucho tiempo que los occidentales no tenemos la ocasión de demostrar grandes proezas. Pues bien, el presente nos brinda ahora una oportunidad: podemos ser héroes, al menos por una legislación. —

AURORA NACARINO-BRABO (Madrid, 1987) es periodista y politóloga. Es columnista de *Letras Libres*.

“a los tiranos no se les apacigua, se les enfrenta”.

La life trumpera no se puede esquivar. De Obama se podía pasar, era casi invisible (al menos era delgado) y sus modales se ajustaban a la etiqueta del buen fingimiento básico universal. Te espiaba, te crackeaba la conexión, pero en buen plan. La life trumpera te mata con un tuit. Si la misión de los gobiernos ya inútiles es colocar cuñados y producir contenidos para retuitear, hemos alcanzado el clímax. Releer a Tony Judt, aquello de que *Algo va mal*.

La life trumpera coincide con la explosión del big data y la Inteligencia Artificial. Paradigma Snowden. Gran Bretaña ha estrenado una legislación para vigilar más aún a sus ciudadanos. Orwell ha resucitado otra vez (nombrarlo te convierte en sospechoso: comprar sus libros te pone en la lista negra del big data). Estamos en plena life trumpera, donde un tuit puede retener a alguien en seco, parar su vida: la historia sobre ti. Un tuit de Trump: pío pío, bang bang.

Trump ha sido construido con big data a última hora y ese método nos lo vamos a ir aplicando los demás. La entrevista a Martin Hilbert en la revista chilena *The Clinic* (19-1-17), citada por Arcadi Espada, desvela muy bien estos manejos de algoritmos y mensajes íntimos que nos dosifica y nos enchufa la IA en vena. El propio Trump tendrá que lidiar con el big data que le ha encumbrado. La misma tecnología que le ha llevado a los corazoncitos de los votantes decisivos va a ser su rival, su clon, su bot y su remix. Los humanos ya somos colecciones de datos, ya podemos verlos, editarlos, remixarlos (nos editan por nuestro bien). La mezcla de la era trumpiana con estas interrupciones es imprevisible. Quizá es mejor que decida la IA.

LA LIFE TRUMPERA

MARIANO GISTAÍN



Siento hablar de Trump (mientras se pueda). Este hombre letal, salido del averno de nuestras pesadillas obliga a que cada persona sea mejor. Para compensar las acciones y las malas palabras de ese ciclón cada cual tendrá que forzar al máximo su bondad, su trabajo (o su no trabajo), su honradez, su amabilidad. La nueva life trumpera nos obliga a mejorar por todos lados. El desafío es brutal.

Si te gusta el imperio USA este presidente es una amenaza para el sistema. Y al revés: si ves el imperio como una lacra que ya declina pero que aún puede pegar algún zarpazo, el trumpismo es un esperpento de lo peor, el inicio de la decadencia y el caos; podrías reafirmarte en tus opiniones y disfrutar del derrumbe si no fuera porque es demasiado grande y nos arrastraría a todos. Por eso, en cualquier caso, hay que militar en la democracia (quizá este desafío sirva para resucitarla). Como ha reiterado Enrique Krauze en CNN,